

LAS BONANZAS CAFETERAS Y PETROLERAS.

Por Belisario Betancur.

Lectura (por video) en la celebración de los 70 años de la Federación Nacional de Cafeteros de Colombia: Medellín, julio 8 de 1997.

Hace 10 años tuve el privilegio de participar como expositor en el simposio conmemorativo de los 60 años de la Federación Nacional de Cafeteros de Colombia: fue un evento memorable en el cual estaban en el podio personalidades como el profesor Wassily Leontief, Nobel de Economía; el profesor Nonman Stone de Oxford; el ministro de relaciones exteriores del Brasil, Abreu Sodré; el ministro de agricultura de Costa de Marfil, Denis Bra Kanon; los expresidentes Pastrana, López y el entonces presidente Barco, a cuya imborrable memoria rindo homenaje. Presenté entonces algunas reflexiones vivenciales sobre la cultura del café y la transformación de las regiones productoras, teniendo en cuenta el hecho de que nací, crecí y trabajé como chapolero en el cultivo y beneficio del grano en los cafetales de mi abuelo y de mi padre, por el suroeste de Antioquia.

En la presente celebración no puedo acompañarlos personalmente, por compromisos académicos que había adquirido con anterioridad en Europa. No obstante, la tecnología moderna me permite hacer presencia audiovisual y por eso los directivos de la Federación me insistieron en que enviara algunos comentarios sobre el manejo de los ciclos de precios, con referencia especial a las bonanzas cafeteras y petroleras que me tocó administrar.

Para entrar en materia, quiero recordar dos anécdotas: en 1964 el primer ministro británico Sir Alec Douglas-Home, expresó que solo tenía dos problemas en su vida, los de tipo político -que son insolubles- y los de tipo económico- que son incomprensibles. De un gobernante latinoamericano se recordaba algo similar. Que al llegar cada día a su despacho y encontrar arrumes de documentos para su estudio, los clasificaba en dos grupos de acuerdo con su visión de los problemas del país: aquellos que se resolvían solos (que representaban más o menos la mitad), iban a un gran cajón a su izquierda; la otra mitad correspondía a aquellos problemas que no tenían solución e iban a dar a otro cajón a su derecha, quedando así enneverados, según se decía socarrona y desconsoladamente en la época. Estas anécdotas permiten afirmar que además de los problemas insolubles y de los que se resuelven solos, existe una tercera categoría que corresponde a aquellos problemas que el estado puede y debe enfrentar: entre ellos se encuentra el manejo adecuado de las bonanzas de productos básicos, tema que paso a examinar.

I.- La inestabilidad de los precios de productos básicos.

Los productos básicos continúan siendo de importancia singular para los países en desarrollo, a pesar de la transformación registrada por numerosas economías, incluídas las de Colombia y Brasil cuyas exportaciones en más del 40% provienen de la venta de materias primas: se estima que 20 millones de personas en el mundo derivan su empleo del café, y que la caficultura sigue teniendo gran importancia para más de 40 países de Africa, Asia y América Latina.

Uno de los problemas que enfrentan los productos básicos, su alto grado de volatilidad, es superior al de los productos industriales y resultado de bajas elasticidades de oferta y demanda, por causas metereológicas en el caso de los productos agropecuarios. Esa inestabilidad de los precios, que ha aumentado en los últimos años, es reflejo de la turbulencia experimentada por los mercados financieros, los frecuentes cambios climáticos y la ausencia de mecanismos internacionales de estabilización, como lo era el Acuerdo Internacional del Café.

Sobre este instrumento permítanme una reminiscencia personal. En 1982 tuve el honor de ser elegido Presidente de Colombia. En ese momento el Acuerdo del Café pasaba por una difícil etapa, ya que los países productores no lograban ponerse de acuerdo sobre un sistema de distribución de cuotas. Me encontraba con mi esposa en Grecia, descansando de la dura contienda electoral, cuando decidí viajar a Londres de incógnito para tomarles el pulso a

las negociaciones en el seno de la Organización Internacional del Café. En el Hotel Claridge's conversé con Don Arturo Gómez Jaramillo, aquel legendario líder cafetero que dedicó tantos años al fortalecimiento de las instituciones cafeteras nacionales e internacionales, y con el doctor Diego Pizano, quien formaba parte de la delegación colombiana. Me explicaron que el proceso se encontraba paralizado y que convendría aprovechar mi posesión para buscar un entendimiento con Brasil y Estados Unidos. El 7 de agosto en la mañana me reuní en mi departamento de Bogotá con el entonces Vicepresidente George Bush, y más tarde con una delegación de alto nivel del Brasil, de la cual formaba parte el presidente del Instituto Brasileiro del Café. Les señalé que el Acuerdo estabilizaba los precios, protegía a los países consumidores, ya que en el caso de un choque de oferta habría inventarios suficientes para amortiguar el alza de los precios; y que contribuía al desarrollo ordenado del sector en los países productores. Pues bien, de esa reunión salió una fórmula que luego fue aprobada por el Consejo Internacional del Café.

Esta experiencia ofrece lecciones para entender la coyuntura actual: después del colapso del Acuerdo en 1989, las existencias mundiales han venido descendiendo y ahora se encuentran en un nivel crítico. Esto implica mayor inestabilidad de las cotizaciones, ya que cualquier cambio en la oferta o en la demanda no se puede satisfacer mediante el ajuste de inventarios, sino mediante fluctuaciones en los precios. Estoy consciente de que la comunidad internacional no desea volver a este tipo de Acuerdos, pero me pareció interesante examinar este aspecto del pasado, ya que ilustra la importancia de

mantener un determinado nivel de inventarios como mecanismo para reducir la volatilidad.

II. Las Bonanzas Cafeteras.

Los ciclos de precios conducen a largos períodos de cotizaciones deprimidas y a ciertas épocas de menor duración en que los precios superan su promedio histórico de largo plazo y que los economistas denominan como bonanzas. En el caso del café, Colombia ha experimentado cuatro bonanzas en los últimos 45 años: una de ellas, la de 1985-86, me correspondió enfrentarla y disfrutarla, y creo que ofrece lecciones útiles para la bonanza actual y para el manejo de la bonanza petrolera que esta experimentando Colombia. Veámoslas.

En noviembre de 1985, subió el precio externo del café al confirmarse la sequía del Brasil. Resultaba arriesgado predecir la duración de aquellos precios altos: la experiencia enseñaba que estos fenómenos son transitorios y que hay que ahorrar los excedentes. En el equipo económico contaba con personas que habían estudiado el manejo de las bonanzas anteriores y la manera de conciliar la política cafetera y la política macroeconómica: deseo señalar en especial al profesor Lauchlin Currie, quien fuera asesor del presidente Roosevelt; al doctor Diego Pizano, quien ya había publicado varios ensayos sobre el tema, algunos de ellos con el doctor Roberto Junguito; al ministro de hacienda, Hugo Palacios Mejía; al Director Nacional de Planeación, Jorge Ospina

Sardi; al gerente de la Federación Nacional de Cafeteros, Jorge Cárdenas Gutiérrez, y al gerente del Banco de la República, Francisco Ortega.

El manejo de las bonanzas no era necesariamente más fácil que el manejo de las crisis económicas. La experiencia de los países petroleros indicaba que pocos habían logrado un proceso autosostenido de desarrollo. Por el contrario, muchos habían experimentado la enfermedad holandesa que consiste en mucho dinero, pero con desempleo, inflación y estancamiento. En largas sesiones de trabajo, con el equipo económico nos formulamos preguntas como las siguientes: ¿Es posible evitar la enfermedad holandesa? ¿Es inevitable la tendencia hacia la revaluación? ¿Qué tipo de política macroeconómica es la más apropiada para manejar la bonanza? ¿Se puede acelerar la tasa de crecimiento de la economía sin sacrificar la estabilidad de los precios? ¿Qué se puede hacer para disminuir la tasa de desempleo?

Para responder estas preguntas, repasamos minuciosa, analíticamente la historia económica colombiana.

* En 1954-56 Colombia había experimentado una bonanza cafetera. Los precios en dólares constantes superaron el nivel de los cuatro dólares y los ingresos de divisas aumentaron. La inflación se aceleró, la tasa de cambio se revaluó y el crecimiento económico disminuyó. El precio interno real no se pudo sostener porque la capitalización del Fondo Nacional del Café había sido insuficiente. El gobierno se apropió de una parte significativa de los

excedentes, por la vía de una tasa de cambio diferencial y de impuestos directos al sector.

* Veinte años después, en el período 1975-78, se registró una fuerte alza de precios del café en los mercados internacionales, como consecuencia de la helada negra que cayó sobre los cafetales brasileiros. Los precios, en dólares de 1997, superaron el nivel de los seis dólares la libra: la reacción inicial de las autoridades fue apoyar el fortalecimiento del Fondo Nacional del Café. El presidente López Michelsen declaró que la bonanza era de los cafeteros y no del estado, tesis que apoyó también el expresidente Lleras Restrepo. El gobierno, además, hizo un importante esfuerzo para ordenar las finanzas públicas y para estimular el ahorro público y privado.

* Desafortunadamente, tal política no se mantuvo entre 1979 y 1981: se aceleró el crecimiento del gasto público, se aumentó el endeudamiento externo y aumentó la inflación; la tasa de cambio se retrasó y se produjeron síntomas de enfermedad holandesa. La industria y la agricultura perdieron competitividad y la tasa de crecimiento económico disminuyó.

* En 1985 hicimos un esfuerzo concienzudo para aplicar estas lecciones del pasado y además revisamos las experiencias de otros países; de manera que cuando llegó la bonanza, teníamos listas medidas de fondo para equilibrar las finanzas públicas y para recuperar el retraso cambiario. El programa de ajuste contaba ya con el respaldo de la comunidad financiera internacional. Ante el aumento de recursos generados por la bonanza, decidimos mantener la

disciplina fiscal y monetaria y continuar con el ajuste; se mejoró el ingreso de los caficultores y, al mismo tiempo, se hizo la capitalización del Fondo Nacional del Café. En términos de dólares de 1996, el patrimonio del Fondo superó los tres mil millones, la cifra real más alta registrada en su historia. A nivel macroeconómico se alcanzó un superavit en las finanzas públicas consolidadas, se redujeron la inflación y el desempleo y se produjo una aceleración del crecimiento económico. Estas metas fueron posibles gracias a que los excedentes se esterilizaron, en alta proporción, en títulos emitidos por el Banco de la República pero de propiedad del Fondo del Café. En síntesis, se evitó la enfermedad holandesa. El Banco Mundial señaló que este comportamiento se convertía en modelo para el manejo de bonanzas de productos básicos.

La capitalización le permitió al Fondo cumplir con su función anticíclica y al sector cafetero disponer de un instrumento de estabilización con recursos por ocho años más. Como lo ha señalado el doctor Sergio Clavijo, profesor de economía de la Universidad de los Andes, en el período 1986-1994 el Fondo demostró ser un instrumento viable y valioso de estabilización. Esta apreciación es consistente con el análisis adelantado por los doctores Junguito y Pizano, quienes, en el tercer tomo de la obra que han dedicado a la economía cafetera nacional e internacional y que está próximo a aparecer, concluyen que el Fondo Nacional del Café ha logrado disminuir la volatilidad del precio interno frente a las fuertes fluctuaciones del precio externo.



A la luz de las consideraciones anteriores y teniendo en cuenta que estamos celebrando los primeros 70 años de la Federación, no dudo en recomendar el mantenimiento y fortalecimiento de las instituciones cafeteras colombianas.

Estas se han venido adaptando a las cambiantes circunstancias de la economía nacional e internacional y han mostrado la flexibilidad necesaria para hacerles frente a las más variadas situaciones. No es exagerado afirmar que la ventaja comparativa de que ha gozado el sector cafetero colombiano, está fundada en factores agrónomos y en la disciplina, la perseverancia y el esfuerzo de los caficultores; pero, además, está asociada con la calidad de las instituciones y los instrumentos cafeteros: el sector ha contado con mecanismos de estabilización de ingresos, con investigación científica de alto nivel, con sistemas de transferencia de tecnología, con programas ambiciosos de infraestructura física y social, y con una agresiva promoción en el exterior. Todo lo cual ha sido posible gracias al Fondo Nacional del Café. Por eso, en esta nueva coyuntura de precios altos, sin duda hay que apoyar el mayor ingreso al productor como se ha venido haciendo, pero también sin duda, hay que fortalecer el valioso instrumento del Fondo. Entiendo que se han venido tomando medidas en esta dirección.

III. El manejo de la Bonanza Petrolera.

¿Qué lecciones ofrece la experiencia cafetera para el manejo de la bonanza petrolera que experimenta Colombia en la actualidad?

Para contestar este interrogante me baso en las reflexiones anteriores y en un documento preparado en 1997 por las profesoras Alicia Puyana y Rosemary Thorp.

Todas las evidencias e informaciones indican que el boom petrolero estará concentrado solo en el período 1997-2001; y que Colombia podría recibir cerca de cinco mil millones de dólares por año en el momento más intenso. Estas cifras no nos deben afiebrar, pues nuestro país representa menos del 1% de la producción y las reservas mundiales, por lo cual no es prudente basar su estrategia de desarrollo de largo plazo, en el sector petrolero: ésto, no lo han logrado países petroleros con reservas mayores que las nuestras.

Pero, si mantenemos unas finanzas públicas ordenadas y una tasa de cambio competitiva, los sectores que han penetrado con éxito en los mercados internacionales (café, flores, textiles y confecciones, azúcar, banano, cueros, imprentas, químicos y plásticos, entre otros), podrán seguir generando empleo y desarrollo por mucho años más. No tendría sentido destruir la competitividad de estos sectores y la del sector industrial, por tratar de absorber en forma apresurada un 'boom' petrolero transitorio.

Los pocos países que han manejado con prudencia sus bonanzas petroleras (Indonesia y Noruega), han promovido el ahorro y saneado las finanzas públicas, buscando una tasa de cambio competitiva y diversificando la producción. En el caso de Colombia, debemos aprovechar las buenas experiencias en el frente cafetero y resolver los problemas de las finanzas

públicas con la prudencia que ha propuesto la Comisión de Gasto Público presidida por el doctor Gabriel Rosas. Se está haciendo tarde. Nuestra economía muestra ya los síntomas de la enfermedad holandesa: la agricultura y la industria crecen poco; la tasa de ahorro disminuye; el déficit fiscal aumenta a niveles preocupantes y la tasa de cambio se revalúa. Como señalé al repasar la experiencia con la bonanza cafetera de 1985-1986, la enfermedad holandesa no es inevitable si se maneja con disciplina fiscal y monetaria. Este es uno de los grandes retos que enfrenta Colombia para los próximos años.

IV.- Conclusiones.

El café ha sido el principal sector de la economía colombiana en el siglo XX. Esta celebración de los primeros 70 años de la Federación, llena de orgullo a las 350 mil familias cafeteras y a todos aquellos que han colaborado en la siembra, recolección, trilla, transporte, financiación y exportación del grano: con su disciplina, esfuerzo y perseverancia han ayudado a construir todo un país. Al instalar en Bogotá el cuadragésimo primer Congreso Nacional de Cafeteros en noviembre de 1982, dije que el café ha sido el sistema circulatorio que transporta los nutrientes al conjunto de nuestra economía. Todo esto se ha logrado gracias a la existencia de instituciones fuertes y bien manejadas como lo han sido a lo largo de estos años la Federación y el Fondo. Sea ésta, oportunidad, aunque tardía, de agradecer al Congreso Cafetero de 1986, la generosa proposición que aprobó, de reconocimiento a la política de mi gobierno en materia tan fundamental, sustentada aquella, en parte brillante, por el inolvidable maestro y amigo Alfonso Palacio Rudas, a quien tanto deben Colombia y, en ella, los cafeteros.

Hacia el siglo XXI el café ya no será la principal fuente de divisas para el país: se ha registrado un saludable proceso de diversificación de nuestro sector externo. No obstante, desde el punto de vista del empleo, el desarrollo regional y la demanda agregada, continuará siendo un sector vital.

Los invito a continuar trabajando para que Colombia conserve su bien ganada posición como el primer productor mundial de cafés lavados suaves. ¡Y a levantar una copa por el feliz cumpleaños de la Federación Nacional de Cafeteros!.

